

individuos puedan ser absolutamente idénticos, o sea, los mismos en todos los aspectos y diferentes en ningún aspecto?

La hipótesis primera garantiza la diversidad predicamental de los individuos, y lleva tal diversidad hasta su límite lógico, excluyendo toda identidad predicamental. Por el contrario, la hipótesis segunda supone garantida la identidad de la individualidad llevada en tal sentido hasta su límite lógico que excluye toda diversificación.

Entonces aparece la cuestión de qué significan las nociones de identidad y de diferencia de los individuos abstractamente considerados. El autor juzga que en ambas proposiciones, de ser interpretadas como implicando una contradicción; dicha contradicción viene indicada en la expresión «dos individuos». Pues si la pregunta segunda implicase que los individuos abstractos pudieran ser numéricamente distintos, pero no diferentes, la primera implicaría que podrían ser numéricamente no distintos, pero nunca idénticamente los mismos.

En todo caso, concluye el profesor Webb, distinguir entre sujetos y predicados, y referirse a los sujetos abstraídos de sus predicados aplicables, es envolverse uno mismo en una antinomia.—A. S.

III. AXIOLOGÍA

ATKINSON (R. F.) y MONTEFIORE (A. C.): «*Ought and Is*», en «*Philosophy*», XXXIII, núm. 124, 1958 (págs. 29-49).

Es frecuente leer que el «deber ser» no puede ser deducido de algún «ser», y también es frecuente hallarse con una opinión contradictoria de aquélla.

Los autores de este artículo se preguntan si es posible establecer esta conexión de un modo puramente lógico, y dentro de qué límites y con qué sentido puede ser establecida.

Atkinson muestra su parecer de que el punto de vista más consistente ha de partir de que una inexorabilidad lógica es contraria a la simple deducibilidad del «deber ser» desde el «ser». En todo procedimiento deductivo, el sentido de la conclusión sólo puede orientarse con arreglo al valor práctico de los elementos entitativos que condicionan aquella aplicación, y ello sólo puede obtenerse

de modo inductivo o, al menos, no estrictamente deductivo. Por ello, la deductibilidad lógicamente rigurosa no aparece en tal proceder.

Montefiore, a su vez, critica severamente algunas de las objeciones que Atkinson aduce frente a la tesis deductivista, valiéndose de ciertas imprecisiones y falsas representaciones que deforman la argumentación del segundo. Montefiore llega a una conclusión afirmatoria, mediante distinciones planteadas entre finalidades, principios, tendencias y contratendencias.

Replica Atkinson, en definitiva, que Montefiore no capta algo fundamental, consistente en que el valor del criterio práctico originado en la realidad dada como existente no pertenece exactamente al orden lógico, y por ello es Montefiore quien incurre en imprecisiones derivadas de un análisis imprejuizado del lenguaje usual. En definitiva, se trata de saber cuál es la función de los juicios de valor que pueden guiar una elección práctica. Tan razonable es suponer que la gente adivine e intuya las funciones y finalidades de la propia conducta, como que pueda describirla previniéndola, para terminar aprobándola o desaprobándola.—A. S.

BAHM (Archie J.): *Aesthetic Experience and Moral Experience*, en «*The Journal of Philosophy*», LV, 20, 1958 (páginas 837-846).

El autor opone los conceptos de experiencia estética y de experiencia moral, porque la primera es vivida como completa y la segunda como abierta a una necesidad de ser completada. De ahí que puedan ser entendidos como términos de valor y de experiencia valorable.

Esta contraposición puede también tomar la forma de valores intrínsecos o instrumentales, respectivamente.

Sin embargo, toda experiencia moral es estética también. Por ejemplo, una cosmovisión, experiencia estética, ha tenido que ser previamente una experiencia ético-moral. La experiencia moral se convierte en estética por dos caminos: una, porque la finalidad ética viene a completar la experiencia moral, incompleta, y a cerrarla en sí misma en una vivencia estética; otra, porque si existe una pretensión moral, es por la prevalencia de que

en su logro habrá una plenitud estética completiva de la primera.

Inversamente, las experiencias estéticas son implícitamente también morales de dos maneras: porque la perfección presupone una finalidad a conseguir, o sea, un bien-en-sí como fuente axiológica: en cuanto que el fin no justifica pero sí requiere medios; y porque la satisfacción estética misma admite una gradación, según que esté más o menos de acuerdo con lo que se hubiera podido desear. Pero ello sin olvidar que la moralidad en sí misma nunca constituye una razón de ser.

El arte puede ser, por tanto, una realidad valorable tanto desde el punto de vista estético como desde el moral. Lo mismo sucede con la sociedad y con la experiencia social. Así hay tantas maneras de entender estéticamente la vida perfecta, y de valorar moralmente cada una de las formas de vida humana. El autor sugiere que puede establecerse una serie de niveles de experiencia humana, con valor tanto estético como moral, donde son comprensibles gradualmente los fenómenos de la diversidad estética y de la diversidad en las valoraciones morales.—A. S.

CONGAR (Y.): *The Idea of Conversion*, en «Thought», XXXIII, núm. 128, 1958 (págs. 5-20).

El autor de este artículo, Yves M. J. Congar O. P., considerado como uno de los teólogos más importantes de la actualidad, define el fenómeno de la conversión, en su sentido más amplio, como el cambio de principios que rigen la dirección de nuestra vida. Desde este punto de vista, la conversión por sí misma no significa una conversión a Dios, ni siquiera una conversión a lo bueno. Lo que, canónica y moralmente, puede considerarse como una apostasía, al mismo tiempo puede considerarse, psicológicamente, como una conversión.

A continuación distingue entre la conversión religiosa y la conversión moral. La primera es un cambio cuyo principio determinante es nuestra relación para con Dios. Implica, por tanto, una convicción intelectual positiva respecto de Dios, una cierta representación de El y, a menudo, la adhesión a la fe de una iglesia. La conversión moral consiste en un cambio producido en nuestros

principios éticos, o, al menos, en su aplicación práctica. Puede darse independientemente de la conversión religiosa, o bien ir unida a ella. También la conversión puede ocurrir dentro de la misma fe, que nunca se ha de dejado de profesar, pero a la cual apenas se acomoda nuestra vida. A esta última se le llama conversión mística. Es obvio que esta última clase de conversión, en la mayoría de los casos, sea también una conversión religiosa, pues si bien no consiste en el paso del ateísmo a la fe, sí implica el tránsito de una incredulidad práctica a una vida de fe activa.

Más concretamente, la conversión es un paso personal que afecta la vida de una persona moralmente adulta. Toda conversión lleva consigo una realidad humana muy compleja, moral, social, histórica, quizá incluso genética. Además, es un hecho espiritual, una llamada al alma para que se realice a sí misma en Dios, por medio del sufrimiento, de la luz y del amor.—J. C.

DUNCAN-JONES (Austin): *Intrinsic Value: Some Comments on the Work of G. E. Moore*, en «Philosophy», XXXIII, 126, 1958 (págs. 240-273).

Estudia el profesor Duncan-Jones el pensamiento de Moore acerca de la naturaleza del valor intrínseco, sobre la clase de objetos que lo poseen, y sobre el método de verificar el valor intrínseco de las cosas.

Moore emplea, refiriéndose al valor, vocablos tales como «bien», «bondad», y expresiones como «bueno en sí mismo», «bueno como finalidad», «bien intrínseco», «valor (*worth*) intrínseco».

Lo forma lógica de los juicios de valor es, para Moore, la expresión de tal valor en juicios universales. Da por supuesta la existencia de objeto valioso, y la generalidad le afecta en tal sentido. «Esto es bueno» equivale a «esto, de existir, sería bueno».

El valor o desvalor intrínsecos pueden pertenecer, ya al conjunto en varios grados de complejidad, ya en relación a las partes de la totalidad. Mas el valor perteneciente al conjunto es lógicamente independiente del que pertenece a las partes. En todo caso, el valor viene significado en unidades orgánicas. Para delimitarlo sigue Moore el método de la delimitación (*isolation*). Consiste en ais-